

Tierra: Poemas de la naturaleza

Andrik Navarrete Arias



Presentado por

Poemas del Alma 

Sobre el autor

La razón de todos estos poemas, que son las piezas que más me han satisfecho, siempre ha sido mi gusto por la naturaleza y sus elementos.

El romanticismo estará presente en muchos de mis versos; pues, yo he tratado seguir el precepto de que el artista debe escribir sobre lo que siente, lo que ve, lo que desea. He buscado usar el valor de la imaginación para la concepción de una visión del mundo muy subjetiva; aunque quizás pueda ser empática para los demás, pues las maravillas de la naturaleza es una fascinación universal.

A. N. Arias

Índice

La muerte vestida de blanco

La voz en los árboles

Amor de mascotas

Un romántico

Las madres de la naturaleza

El mezquite

Me senté solitario en el valle...

El colibrí; o, el hada moderna

Los toros

Los jabatos

A la carroñera

La manada de elefantes

Oda a Spinosaurus

Los loros

Himno a los gorriones

A un cenizante

La muerte vestida de blanco

La muerte vestida de blanco

La santa muerte se viste de blanco,
para decirnos: "No hay miedo conmigo,
pues al final, les daré tierno abrigo.
Si quieren, hablaremos en un banco".

Un día, me la encontré. Vi su Blanco
y sereno semblante como el trigo.
Temí por mí, esperando mi castigo,
pero ella hizo un ademán hacia un banco.

Escuchó lo que decía inmutado,
hechos del corazón sin alegría,
frente al indiferente y lento prado.

La muerte me propuso que vendría
para hablar y comer maíz pilado,
como consuelo durante ese día.

La voz en los árboles

La voz en los árboles

Busco a ciegas, en el jardín de Gea
¿tan inmenso, que crea
propia brisa, y crece como una flor?
Sigo una voz que me arrastra al amor;
que da sensual calor
desde cada ondulante hoja que vea.

Es tan cantarina esa voz, husmea
traviesa y me permea
en esta noche libre, sin clamor;
con estrellas y verde alrededor.
Escucho esa voz por
todo mi paso. ¡Y que me deletrea!

Son palabras de un pasado inhumano.
Escuchadas al libre, son confusas,
pero como las musas,
adquieren forma al tenderles la mano.

La voz y sus letras siguen difusas,
pero provienen de un árbol enano.
Como un altar pagano,
hay un urutaú de letras ilusas.

Amor de mascotas

Amor de mascotas

Hallamos en casa el cariño fiel
de animales que, aunque mudos,
demuestran dignidad, sean peludos;
alados, escamosos, de una piel.

Pero más allá de esa piel, de aquel
animal surge el amor, como nudos
de ideales: confianza, calma, agudos
gozos de confianza muda. Así, él,

Ella o ellos nos confían al humano
devolverles el amor en cuidados
que para el ánimo, no será en vano.

Plenos, seguros, nos miran gustados
dejándose mimar por una mano.
No hay mayores cariños exclamados.

Un romántico

Un romántico

¿Qué quieres, melancolía invisible?
Si ya lloré, pero seguí escuchando.
¿Acaso crees, que la ciencia
pueda regir un valle de metal?
Habiendo ya valles de piedras vivas.
Teniendo dioses todavía
duermiendo bajo rocas.

He llorado, pero seguí al viento,
que bien asfixia, como enferma,
o frío abraza y cálido nos respira.
A veces no hay fuerzas, pero sí premio
para los que gozan de creer
y ver tras el velo, el rostro más bello:
¡La gran diosa Tierra!

Las madres de la naturaleza

Las madres de la naturaleza

¿Dónde estaríamos hoy, sin las madres
que criaron artistas, a gente de bien?

¿Qué serían de los pollos sin gallinas
que les enseñen a beber?

O de los leones, pues una leona
les enseña a merecer comida.

¿Qué sería del mundo sin los esfuerzos
de la diosa flora, que cuida de cada flor,
dando belleza y vida al mundo natural?

Mismo mundo que Gaia cría
por puro amor a la vida.

Desde mi vida presente, que creaste,

¿Cómo podía yo agradecer
tu cariño incondicional?

El mezquite

El mezquite

Estuvo cuando mi hogar
era polvo, arena y llano,
cuando mi familia fue
a cimentar en su tierra.

Apenas hago consciencia
de su derecho al respeto.
Mientras, ancla la vida
a nuestra tierra. Impasible.
Y al ocaso, nos eleva
hasta su cielo

Sus raíces son muy toscas,
áspero su tronco, pero
sus ramas se vuelven finas
como dedos de mujer;
que se enredan en el aire
para atarnos a la tierra.
Y al ocaso, nos eleva
hasta su cielo.

Me senté solitario en el valle...

Me senté solitario en el valle...

Me senté solitario en el valle, viéndolo teñido por el sol, coloreado ya de rubor y rozado por el viento vespertino.

Frente a mí, tordos rojos ¿ya sean damas o caballeros? se volvían ligeros sobre el pastizal que fino y verde, apenas reaccionaba ante el viento. Luego, los tordos volaron, batieron sus alas negras ¿y pecho rojo de manzana?. Se fueron. Excitaron hasta el nervio ocular.

Aunque mi espíritu tuvo paz, supe que nunca me complacería quieto; si el movimiento es la vida, ¡querré formar par de esa vida! Me levanté y caminé un poco. Vi a las vacas, muy dulces sus mugidos, ya sean de hambre o de saludo. También anduve viendo a las gallinas, a los gallos y guajolotes. Adivinen cuán hermosura escondía cierta guajolote, pues sus plumas mimetizaron el atardecer primaveral. Siempre los dadores de mis alegrías más sinceras, tan dignos de la tierra y tan admirados por las nubes; nubes errantes buscando el placer de ser.

Quienes sean de natura, quizás pudieran renovar al enérgico niño interior. Entonces yo los buscaré por la psique de la vida. ¡A celebrar el batir del aire vivo!

El colibrí; o, el hada moderna

El colibrí; o, el hada moderna

Una memoria me asaltó y arrastró de vuelta a ese día de primavera, donde andaba distraído y un zumbido abrasó mi mente como a papel. Cuando salí de la página en blanco, di vueltas para buscar la fuente de aquello, aquello que navegó desde mi oreja hasta mi nuca; sonido como de hormigas.

Besó las flores, vino de paso, siguió zumbando feliz. Entonces, las flores se abrieron y le cantaron. Recuerdan en sus fibras el temblor dejado; tal como mis ojos grabaron una magia nunca tan audaz para un iris.

Plumas lentejuelas, velos como alas, colores de bailarina oriental. Voló muy lejos, sin despedirse. Me hizo pensar: qué bellas son las cosas que terminan, incluso en el recuerdo. Y ahora, a propósito de que el calor se va, a propósito de regar las matas, y de la nueva estación, recordé al simpático colibrí que vuela, aparenta ser eterno; y es hermoso.

Los toros

Los toros

Piense en toros como la libertad,
furia, fuerza que se pueda domar.
Sus furias le hacen la felicidad
a salvajes clamando: ¡A tomar!
Ahora, vean a toros de verdad,
cautos pero cuidados : ¡A bramar!
Vea que ellos sí expresan alma. Y viven.
Compare que trato bestia reciben.

Los jabatos

Los jabatos

Jabatos tiernos y redondos juegan,
cuidados por esos ojos maternos;
corretean en el pasto?se entregan
luego, a los ojos de estrellas?muy tiernos?.
despreocupados, mente contenta,
sueñan con la jabalí, siendo hermoso.
vida simple, que a madurez se enfrenta,
y a jugar en el mundo peligroso.
Como estrellas del negro firmamento!
tan pesados astros, que los envuelve.
La luz de estrella muerta del momento;
la jabalí modela, come, vuelve;
pero de repente, ella no regresa.
su estrella para el jabalí, no pesa.

A la carroñera

A la carroñera

Escuchen cómo cierto bulto truena,
como esa seca flora se estremece.
Los crujidos aterrizan al suelo
al tiempo que el bulto desaparece.

La peste se aterra de cierto pájaro
que devora al bulto que languidece.
En todo tiempo, lugar y buena hora,
vive de la mugre hasta que anochece.

Miremos esa suerte de condena;
vea usted como al desierto embellece.
No le privan del hambre, pues lo muerto
en sus dominios siempre prevalece.

A la peste y cuerpo consume, dama
hasta contentar su corte, que crece
entre redes de espino y de bacteria.
Solo usted se anticipa quién perece.

Dichosa dama, bien destriparía
al más grande y pestilente bovino.
Su *natura* hambre la lleva a batir
hasta su trono podrido y genuino.

La manada de elefantes

La manada de elefantes

Camina la manada de elefantes,
se sostienen por sobre las arenas,
bajo el sol, aclamándose imbatibles,
vencedores sobre sequía o penas.

Entre todas, la más anciana y sabia
detiene la marcha, mientras su trompa
sostiene un cráneo muy familiar.
La anciana cuida de que no se rompa.

A pasos quedos, se acercan las otras,
las madres elefantes ya recuerdan
a la hermana que tiempo atrás velaba.
La manada y su líder ya concuerdan;

Tientan y sienten esos sucios huesos.
Bajo un sol la manada queda fija.
Hasta tiempo después, vuelve la marcha;
al último, la líder suelta a su hija.

Oda a Spinosaurus

Oda a Spinosaurus

¡Oh, faraón de vela!
Quiero escribir sobre ti, para ti,
a quien millones de años transformaron
¡Tú, Spinosaurus, faraón del río!
Ahora transmutado en polvo y roca;
a quien el tiempo creyó destruir,
a quien ahora la ciencia recrea.

¿Puede la pasión-lógica
reconstruir lo sublime
de la cumbre cretácica?
¡Aquí te invocaré!
Por medio de memoria que te forma
a partir del desierto; ¡tu laguna!

Pero, pobre la mente:
¿Si la grulla esbelta ya nos embriaga,
que le harías al espíritu?
¡Y aun así invades mi imaginación!
¿Pues sabías que, aunque lejanos,
empleas las gracias aviares
que el tiempo nunca aniquiló?

Me remites a lo maravilloso,
al terror natural a lo silvestre.
Titán en un panteón superior.
Cuello de garza, hocico de caimán.
Tus patas troncos de madera o musgo,
pero tu vela, de nado o belleza
tentaba al sol, al aire de la vida.

¿Disfrutabas del agua,
elemento vital?
Oh, terópodo mortal, encontraste,
seguro, vitalidad inmortal;
eras, entre todos, *el pescador*.

Desde la hazaña donde
¿quizás? te resolvimos vadeador,
me interrogo: ¿más que bestia
eras faraón en tu territorio?
¿Te seguía un sequito
o eras parte de pueblo?
¿Solitario como casuario o fiel
como golondrina roja de amor?

Ya te tengo visto.
Me regreso al desierto.
Durante una milésima de siglo
¿mientras exiliado de tu laguna,
tus dominios desplazados del plano?
has provocado al humano el afán
de indagar en la imaginación.

¿Estás advertido de la suerte,
el privilegio de ser moldeado
por el seno mineral del mundo?

E innumerables se asombraron
ante tu nombre: *Spinosaurus*.
¿A cuántos innumerables artistas
no desbordaste de fino pavor?
Cuán pocos quedaron indiferentes.

La ciencia, oh, a la ciencia nunca sentí
tan sugestionada por el arte;
¡el racional goza de imaginar!

Saliste de las preguntas:
monstruo grácil y pesado,
habitante de lagunas
¡Tú, faraón de la vela!

Encontraste avatar
en cierta especie animal,
ya sensible al poder
inmensurablemente
bello de la natura.
¡Yo, entre miles de curiosos
regreso otra vez a ti!

Los loros

Los loros

En una tarde, yo vi
al otro lado de mi yo
y de mi hogar, unos loros
¿los distinguí color verde
como sus nidos de palmas?,
pero por estar tan tan
lejos de ellos, me senté
con anhelo de buscar
a los loros y observar
sus vuelos cuales lirismos.
Por la Psique, de este a oeste,
los borrones del cielo
¿detrás del cuadro de palmas?
regresan y se aterrizan
como mosaico, arte frágil
sobre la naturaleza.

Himno a los gorriones

Himno a los gorriones

Siendo especies indolentes
somos de igual condición,
pero por tu magia, vuelas:
oh, mi gorrión, mi gorrión.

Ni la luz solar conoce,
al igual que el viento tierno,
las vidas donde jugamos.
Pero tú serás eterno.

En donde camino mucho,
cien dudas siempre revelo.
Soy ignorado por tu voz,
y enmudezco sin recelo.

A todo mi mundo vivo,
das fertilidad si cantas;
si comes con tus parientes
semillas-madres de plantas.

Pero, en cambio, mi gorrión:
¿oh, gorrión, de gran valor?
¿soy persona, con la cara
para dar este clamor?

llegamos al fin del día,
para decirte en el nombre
de tu sabia pulcritud:
eres niño, padre de hombre.

A un cenizote

A un cenizote

Cuando siento frío, sueño,
pues el invierno es mortaja
para creernos morir,
hacernos bien descansar.

Como en canal de toxinas,
como el agua malograda.
Me gusta ?solamente esto:
espacio propio sin mal.

Pues antes de proseguir,
gozo escuchar como canta
cierto cenizote de voces
abstrayéndome del alma.

Ave de sueño y suspiro,
fuerza de la madrugada,
príncipe de lo invisible,
y hacedor de las mañanas;

Eterna savia de voces
dejadas eras atrás.
Nocturno canto febril
donde quisiera saltar,

Sentir qué transformación
da hacia animales y plantas.
¿Puedo tentar esas voces?
¿Escribir cómo cantaban?

Serás hermosa leyenda
dentro de un mundo mortal.
El finito: que me es todo,
se llena de eterno afán

Por llegar a primavera
tras reflexión invernal.
Mi corazón en la fiebre...
Da tejido a tu cantar.